

INDEPENDENCIA

Fragua de ideas y sangre

“ Me haré matar, dejando las calles y la plaza de Cartago cubierta de cadáveres antes de permitir la independencia”, dijo el gobernador interino de la provincia de Costa Rica, Juan Manuel de Cañas, cuando conoció las Actas de Guatemala y de León. Para atemorizar a los vecinos de Cartago, trasladó todas las armas al cuartel de la ciudad. Pero los costarricenses de 1821 decidieron luchar por la independencia con ideas, no con balas ni con cañones.

Los ayuntamientos y las juntas de representantes de Cartago, San José, Heredia y Alajuela y las juntas de legados de los pueblos de Costa Rica fueron a la batalla: constantes, prolongados y acalorados debates que contrapusieron ideas independentistas a las conservadoras o monárquicas. A los tres meses culminó la lucha con el triunfo de los independentistas; ya en diciembre de 1821 los costarricenses habían promulgado su Constitución Política y en enero de 1822 habían elegido gobierno constitucional.

Mas surgió el Imperio Mexicano de Iturbide y hubo quienes proclamaron la anexión de Costa Rica a él, desconocieron al gobierno constitucional y se alzaron en armas. Los costarricenses opuestos a esa insurrección defendieron la independencia y, en marzo de 1823, tuvo lugar la primera guerra civil en el país. Con saldo de muertos y heridos, los republicanos derrotaron a los imperialistas. El comandante en jefe republicano, Gregorio José Ramírez, se declaró dictador y en 10 días de singular mandato restableció el orden constitucional y reafirmó la independencia.

Una lágrima menos. En 1824, Costa Rica se integró a la República Federal de Centroamérica. Nuestro primer jefe de Estado, el maestro Juan Mora Fernández, deseó que Costa Rica “sea feliz por la paz, fuerte en la unión y que sus hijos corten cada día una espiga más y lloren una lágrima menos”. De 1824 a 1833, haciendo honor a su palabra, condujo a la nación por un camino de paz, educación, justicia y democracia.

El militar español José Zamora, con 200 costarricenses, se sublevó para someter a Costa Rica de nuevo a España. Hubo muertos y heridos, pero se sofocó la insurrección y se conjuró la amenaza a la independencia. Mora Fernández ordenó fusilar a Zamora e impuso severas penas a sus cómplices.

La desorganización de la República Federal de Centroamérica generó dos sabias decisiones para salvaguardar la autonomía: en 1829 Mora Fernández separó al Estado temporalmente de la República y en 1838 Braulio Carrillo decretó la separación definitiva para que “los pueblos de Costa Rica asuman la plenitud de su soberanía y formen un Estado libre e independiente”.

En 1841, Carrillo defendió por vía diplomática y militar la soberanía de Costa Rica en la costa atlántica, ante las pretensiones de dominio en esa región por parte del rey de Moscueta, aliado de Gran Bretaña.



En 1842, Francisco Morazán, abanderado de la unión centroamericana, invadió a Costa Rica. Fue proclamado Jefe de Estado y en su corto gobierno fue despótico con los costarricenses. Durante tres días, con más muertos y heridos, se combatió en San José contra las tropas morazanistas. Como resultado, el 15 de setiembre de 1842 se fusiló a Morazán en el parque central de San José junto al militar salvadoreño Vicente Villaseñor, protagonista de “la traición del Jocote”.

Fuego de libertad. “Les daremos (a los costarricenses) guerra a muerte y les hundiremos el cuchillo hasta la empuñadura”, profetizó en Nicaragua William Walker, abandonado del racismo y de la esclavitud. Su proyecto era fundir las cinco repúblicas centroamericanas en una sola, militar, esclavista y regida por blancos. Contaba con poderosas fuerzas políticas dentro y fuera de Nicaragua.

Para sorpresa de Walker y del mundo, el heroísmo costarricense frustró el proyecto imperialista, en una epopeya que, dentro del marco geopolítico internacional de entonces, trascendió las fronteras.

Al llamado de don Juanito Mora, un ejército de soldados, jornaleros, profesionales, obreros y campesinos defendió la soberanía e independencia de Costa Rica y de Centroamérica. Durante más de un año, ese ejército luchó en Costa Rica y en Nicaragua contra los filibusteros.

El 20 de marzo de 1856 en Santa Rosa, en una increíble batalla de escasos 20 minutos, los costarricenses derrotaron a los invasores, 26 de los cuales murieron y 20 cayeron prisioneros. El resto huyó a Nicaragua y para justificar ante Walker tan humillante derrota alegaron haber luchado contra tropas francesas. Murieron 20 costarricenses.

El 11 de abril de 1856, en Rivas, se luchó durante 20 horas ininterrumpidas contra Walker y sus huestes. Entre balas, sables y bayonetas relampaguearon las teas incendiarias de Luis Pacheco, Joaquín Rosales (nicaragüense) y Juan Santamaría. De nuevo, el enemigo fue vencido. Walker ordenó el retiro de sus diezmadas tro-

pas hacia Granada. Cientos de muertos y heridos costarricenses cayeron en Rivas, donde estalló el cólera y atacó al ejército nacional. Don Juanito y su Estado Mayor organizaron la retirada hacia Costa Rica. Aterradora marcha de regreso: a lo largo del camino se enterraba a los muertos. Un valiente guerrero salvadoreño, el general Cañas, asistió con abnegación a los héroes. Con los sobrevivientes entró la peste al país. El promedio diario de muertes era 140 y falleció casi el 10 por ciento de la población.

Alto precio. Miles de muertos, heridos, inválidos, viudas y huérfanos fue el precio que Costa Rica pagó en solo la primera fase de esta guerra libertaria. Pero en Nicaragua aumentaba el peligro: Walker se hizo elegir fraudulentamente presidente y decretó la esclavitud. El presidente de EE. UU., Mr. Pearce, reconoció tan espurio gobierno en mayo de 1856.

En medio de una tempestad política aquí, don Juanito llama de nuevo al ejército nacional para reanudar la guerra contra los filibusteros. Era urgente darles el golpe de muerte capturando la Vía del Tránsito. Los costarricenses libraron varias batallas en tierra y hasta un combate naval. A veces entumidos por el frío, empapados por la lluvia o engañando al hambre con arroz crudo y dulce raspado, o con guineos celes, o con frijoles sin sal y picados por gorgojos, fueron tomando los puntos claves de la Vía del Tránsito: La Trinidad, Castillo Viejo, el fuerte de San Carlos y hasta los vapores que por el San Juan abastecían a Walker. Entre combates, algunos soldados ticos se dieron el lujo de celebrar la Navidad de 1856 con una lata de sardinas y una botellita de coñac. “La toma de la vía del tránsito significó el aniquilamiento del poderío filibustero en Nicaragua y constituye la mayor gloria del ejército costarricense que fue el que la llevó a cabo” (Rafael Obregón. Costa Rica y la lucha contra los filibusteros).

En esta segunda fase muchos costarricenses más dieron la sangre y la vida. No obstante, el oprobioso proyecto imperialista para Centroamérica no perdió vigencia sino hasta 1860, con el fusilamiento de Walker en Honduras. Por desgracia, el espíritu de ese proyecto no se sepultó con Walker.

El heroísmo de los costarricenses, que contagió a los centroamericanos para salvar la soberanía, la independencia y la identidad de las cinco patrias, debería hacernos reflexionar. La independencia no se nos regaló ni nos cayó del cielo, es el resultado de una lucha iniciada en 1821 y que bien merece ser conocida y valorada, especialmente por los jóvenes.

¿Es justo que en la enseñanza de la historia patria priven generalmente datos y fechas que se deben memorizar para “pasar los exámenes”? ¿Merece, entonces, que el recuerdo de la lucha por la independencia se haya reducido a estereotipadas celebraciones escolares vacías de conocimiento histórico?

MARIELOS VARGAS FERNÁNDEZ